

FRAY JORGE MARTÍNEZ, ofm

En la
Tierra
del Señor

Reflexiones de un peregrino en Tierra Santa



Introducción

En los tiempos que vivimos, resulta difícil para muchos relacionarse con el otro, descubrir al que pasa a nuestro lado, poder llegar a conocer lo que es la persona humana. Aún los pensadores titubean al querer definirla, y ni hablar cuando se trata de un ser superior. Algunos dicen que esta época proclama el ocaso de las ideologías y de los grandes sistemas filosóficos y sociales que nos precedieron. Esto se ha puesto en evidencia por las diferentes y hasta contradictorias opiniones en temas similares, por la caída de gobiernos poderosos, la desintegración y el debilitamiento de grandes agrupaciones políticas tradicionales, por la ausencia de una escala de valores y el paso fugaz de los ídolos de ciertas mayorías.

Sin embargo, aunque parezca algo romántico o utópico, siempre existe en el interior de la persona la sana aspiración de encontrarse alguna vez con el amigo sincero, la –o el– fiel acompañante en el camino de la vida; aquel que pueda hacerse cargo del bien de los otros; el deseo de que se ejerza la justicia con honradez y comprensión de la naturaleza humana.

En el ámbito de lo religioso, en este occidente así llamado cristiano, no es extraño el deseo de conocer más de cerca a Jesús, aunque algunos no lo admitan públicamente. Esto suele darse entre aquellos que de él tuvieron alguna referencia y de pronto sienten despertar un sincero interés por conocer más respecto de su persona, como también acerca de su modo de obrar y relacionarse con los demás, a pesar de que no siempre se encuentre el camino cierto que dé razón a tales expectativas.

Por ello, algunos piensan que tales aspiraciones no siempre obtuvieron respuestas satisfactorias. No obstante ello, sabemos que, a través de los siglos, tanto los concilios en sus definiciones, como los teólogos y estudiosos de las Escrituras en sus análisis de los datos revelados, llegaron a muy importantes conclusiones sobre la persona de Cristo. Lo que ha pasado, quizá, es que tales definiciones y estudios, aunque aceptados, debido a sus precisiones científicas y lenguaje utilizado no siempre llegaron al alcance y comprensión de la gran mayoría de los creyentes. Además, el hombre común de nuestro tiempo lee muy poco y se ha materializado a tal punto, que difícilmente se acerque o comprenda lo que teólogos y escrituristas explican de los textos evangélicos.

De ahí que, en cierto momento, en razón de tantos que se me acercan preguntando por un Jesús que no conocen y quisieran sentirlo cerca, pensé en ir a buscar más datos de nuestro Señor en su tierra, por los lugares donde pasó y se detuvo, en sus palabras y en la relación que mantuvo con las personas que se encontraron con él, y en lo que todo ello pudiera aportarme acerca de esa imagen que el hombre de hoy espera. Fue así que, dándoseme la oportunidad, me hice peregrino y, a pesar de estar en la teología y el saber bíblico, sin desestimar lo que eso significa, me despojé en cierto modo de toda postura intelectual y, como un día lo hizo mi padre Francisco, me fui en búsqueda de los vestigios del paso de Jesús por los lugares donde él anduvo.

Eso se dio cuando, como uno más entre tantos peregrinos, recorrí cuanto pude por la tierra del Señor. No hice proyectos ni establecí pautas especiales. En mi camino dejé que esas ruinas, el lago de Galilea, Jerusalén y tantos otros lugares, cotejados con la palabra evangélica, me revelaran algo quizá nuevo de su imagen, de su realidad concreta en el andar por el tiempo. El intento no fue inútil: aquellos paisajes y lugares de recuerdos, esos silencios reflexivos, el intercambio de

impresiones y la reubicación de personas de aquella época (las que de seguro fueron deslumbradas y bendecidas con la presencia del Maestro) llegaron a darme una muy grata y significativa imagen de Jesús.

La experiencia fue muy provechosa y deseo compartirla. Quizá no pueda expresarla en grado sumo con mis palabras. De todos modos, quisiera mostrar a otros el camino para adquirirla. Se puede decir que las experiencias personales tienen pleno sentido en quien las vive y no siempre pueden manifestarse en su totalidad, es cierto, pero ello no impide que uno intente mostrar la senda factible por la cual se puede transitar.

Este fue el objetivo de la presente obra: indicar un camino por donde andar y encontrarse con la posibilidad de descubrir, por sí mismo, una imagen de Jesús que a uno le sea cercana. Por ello me pareció conveniente acompañar al lector, como peregrino, por lugares de la tierra del Señor, en sencilla pero profunda y sincera reflexión, a fin de que él saque sus propias conclusiones.

Para estas meditaciones propongo un sendero, creo, al alcance de todos. Este modo de obrar no consiste en un método trascendental o en técnicas orientales; todo lo contrario, se trata del método seguido por Jesús y sus discípulos: caminar, detenerse, compartir, dialogar, escuchar y rumiar todo eso en nuestro interior, como lo hizo María, la que *“conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón”* (Lc 2, 19).

De ahí que, indicada la temática, al iniciarse cada capítulo propongo un ligero reconocimiento histórico y geográfico a fin de ubicarnos en el tiempo y el espacio concretos, es decir, poder lograr una cierta ambientación donde se desarrolló el trecho evangélico a considerar. Luego, se puede leer la Palabra inspirada y se reflexionará sobre la enseñanza o el mensaje en ella contenidos. Si es oportuno, se recurrirá al

diálogo e intercambio de opiniones, a fin de llegar a algunos cuestionamientos o conclusiones prácticas. Por último, una vez hecho este recorrido, procurando el silencio del bullicio exterior, se puede dar lugar al recogimiento y a la reflexión personal.

Mi peregrinar con el lector, si bien concreto y referido a lugares existentes, es imaginario. Por cierto, me sirvo de haber andado por esos lugares santos, de conocimientos adquiridos y de la erudición de los autores consultados. La obra no trata de un recorrido turístico o de profundizar en estudios arqueológicos, nada de eso; aunque a ellos se haga referencia, sólo intenta aproximarse a lugares y sucesos que puedan motivar nuestra meditación. De todos modos, lo dicho muy bien puede servir a quienes visiten Tierra Santa y deseen encontrar el momento oportuno de reflexionar sobre lo visto en el día, y así obtener un debido provecho espiritual.

El lector se encontrará a menudo con fragmentos transcritos de las Escrituras. Se trata de los pasajes principales que son utilizados en las reflexiones sobre los distintos lugares y lo allí ocurrido. Esto lo hice para facilitar lo considerado del tema, sin tener que recurrir constantemente a tomos auxiliares, lo que puede distraer la meditación. Sin embargo, eso no quita que haya frecuentes citas bíblicas y de autores para los que quieran ampliar lo visto o tener un conocimiento más preciso acerca de lo tratado.

Como dije anteriormente, también san Francisco, en sus ansias de martirio y de misionar entre los sarracenos, peregrinó a Tierra Santa en momentos muy difíciles, en los que musulmanes y cristianos combatían ferozmente por posesionarse de esas regiones. Luego de varios intentos, desde 1212, aproximadamente (1 Cel 55; LM IX, 6 y ss.), allá por el año 1219, con la compañía de algunos hermanos de la Orden (Flor, XXIV) llegó a la tierra del Señor y en parte pudo cumplir con sus propósitos. No obtuvo el martirio ni pudo convertir a

muchos; sin embargo, sembró la inquietud en sus seguidores por peregrinar a esa tierra, en la que los franciscanos logran transformarse en los Custodios de los lugares que el Evangelio recuerda el paso de Jesús. El papa Clemente VI los confirmó en esa tarea en el año 1342 y desde entonces hasta el presente, son los representantes de la Iglesia en el cuidado y conservación de esos santuarios. El papa y beato Juan XXIII, el 17 de abril de 1960, les escribió: “*Es para nosotros motivo de gran alegría que nada hayáis omitido en la defensa de los lugares santificados por el Redentor... Si todavía hoy puede el peregrino venerar y besar esos recuerdos sagrados, a los franciscanos se debe*” (En *Esplendor de Oriente*, p. 2).

Por lo considerado y en razón de lo que dicen los pontífices a través del tiempo, al comenzar con la lectura de este libro, al menos mentalmente, podemos transformarnos en peregrinos en la Tierra del Señor.

FRAY JORGE MARTÍNEZ, OFM
Catamarca, en el día de mi padre Francisco,
4 de octubre de 2005.

CAPÍTULO I

Ain Karem

“En aquellos días, María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña de Judá” (Lc 1, 39).

Fuente abundante

En nuestro intento de reflexión, nos agregamos a la caravana que se dirige desde Galilea a Judá, más precisamente a Jerusalén. María de seguro no iría sola, quizá la acompañaban algunos parientes o amigos. Ella iba en misión de asistir y prestar ayuda a su prima Isabel, la que estaba por dar a luz. ¡Qué hermoso! Sólo ella podría contarnos los sentimientos que experimentaría en esos momentos. Para una mayor comprensión, nos ubicaremos en el lugar y en lo que nos dicen los Evangelios al respecto.

Saliendo rumbo al sudoeste de Jerusalén hacia las montañas de Judá, apenas a 7 kilómetros, nos encontramos con Ain Karem, que significa “fuente abundante”, y quizá lo sea ciertamente, pues su naturaleza aún conserva esos tonos de verde y de fiesta que tanto se asocian a la alegría de María y al gozo de Isabel. Ain Karem nos habla del anuncio de la concepción y nacimiento del Precursor,¹ de la visita de María a su prima encinta,² de las expresiones de Isabel, repetidas

1 Lc 1, 5-25.57-80.

2 Lc 1, 39-56.

en todos los tiempos, de los cánticos de María, que glorifica al Señor, y de Zacarías, que reconoce el cumplimiento de las promesas de Dios a su pueblo y su gran misericordia.

La identificación de la actual Ain Karem con el lugar visitado por María, no siempre estuvo libre de problemas, en especial por su ubicación.³ Algunos autores hablan de diversos lugares que llevaron ese nombre.⁴ En el Evangelio de Lucas, en efecto, se dice que María, al saber del embarazo de Isabel, dejó Nazaret y se dirigió a una ciudad de las montañas de Judá, sin hacer otra aclaración respecto al nombre de la misma.⁵ En el Antiguo Testamento, también encontramos varios lugares designados con el mismo nombre o con algunas variantes.⁶

De todos modos, aunque los autores no se pongan de acuerdo, la mayoría de ellos se inclina por aceptar la actual Ain Karem como la misma que María visitara. Sus argumentos son varios; no los presentaremos por el carácter de nuestro comentario, pero sí podemos dar algunos hitos muy significativos al respecto: excavaciones realizadas en el lugar demostraron que ya estaba habitado en la Edad del Bronce. En los tiempos de los acontecimientos evangélicos, Ain Karem formaba parte del distrito administrativo romano llamado: "Distrito de la Montaña".⁷ En los primeros siglos del cristianismo se hacen varias menciones sobre Ain Karem; así, por ejemplo, el peregrino Teodosio (a.530) calcula que el lugar habitado por Isabel se encontraba a cinco millas de Jerusalén; el calendario de la Iglesia de Jerusalén, de los siglos VII y VIII,

3 Cfr. RICCIOTTI, Giuseppe. *Vida de Jesucristo*, Barcelona, Luis Miracle Editor, 7ª edición, 1960, nº 235, p. 250 y ss.

4 Cfr. AUSEJO, Fr. Serafín de. *Diccionario de la Biblia*, Barcelona, Herder, 1975, p. 186.

5 Lc 1, 39.

6 Cfr. Jos 15, 32; 19, 7; 1 Par 4, 32; Neh 11, 29; Zac 14, 10; Núm 34, 11.

7 LOMBARDI, Luis. *La Tierra Santa*, Narni-Terni, 1976, p. 19.

al enumerar las peregrinaciones al santuario, dice: “*En el día 28 de agosto, en la Villa de Enquarim, en la iglesia de la justa Isabel, se hace memoria de ella*”.⁸ En el tiempo del Medioevo aparecen dos santuarios con recuerdos evangélicos: en el poblado, el de Zacarías y nacimiento de Juan el Bautista y en la falda de la montaña, el de la visita de María a Isabel. A inicios del 1600, los franciscanos de Tierra Santa recuperan esos lugares y se dedican a sus reconstrucciones y conservación. En 1939 reconstruyen el santuario de la Visitación sobre las ruinas bizantinas. En cambio, el santuario de San Juan Bautista, recuperado en 1621, fue restaurado y modificado en varias oportunidades; en él se descubrieron grandes piezas arqueológicas de importante valor para el mundo cristiano.

Servicio y profecía

Volviendo a los relatos evangélicos, que nos evocan esta observación sobre Ain Karem, resalta la visita de María a su prima Isabel, la que ante tal encuentro, inspirada por el Espíritu Santo aunque quizá no lo entendiera totalmente pero sí lo intuyera, exclama: “*Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre*”, resaltando esa elección que la encumbraba sobre cualquier mujer. Al mismo tiempo, al añadir: “*Madre de mi Señor*”, reconoce la divina maternidad de María y la dignidad de quien llevaba en su seno. Alaba también la fe y sabiduría de su prima por haber sido la que creyó “*que se cumplirá lo que fue anunciado de parte del Señor*”.⁹ A lo que María responde, quizá inspirada en el canto de Ana y de otros textos de las Sagradas Escrituras,¹⁰ con el *Magnificat*,

8 Cfr. BALDI, Donato. *Guida di Terra Santa. Gerusalemme*, 1973, p. 121.

9 Lc 1, 39-45. Las citas bíblicas se toman de la *Biblia de Jerusalén Latinoamericana*, Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 2001.

10 1 Sam 2, 1-10; cfr. Nota de la Biblia de Jerusalén sobre el ‘Magnificat’: *Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Ed. Desclée de Brouwer, 1971, p. 1368.

significativo cántico que merece un comentario aparte, en el que serenamente parece decir: “*No hay razón para felicitarme. Todo es obra de Dios. Mi buena suerte consiste en haberse dignado Él a fijarse en una criatura tan pequeña como yo*”.¹¹

Otros acontecimientos importantes verificados en Ain Karem fueron el nacimiento de Juan en casa de Zacarías e Isabel, la designación de su nombre en el día de la circuncisión y la proclamación del *Benedictus* por parte de Zacarías, luego de recuperar el habla. Este hermoso cántico es utilizado en la liturgia cristiana, donde se exalta el cumplimiento de las promesas de salvación hechas por Dios a Israel y el designio del Señor al destinar a Juan para ser el Precursor del Mesías, del que llegaría a salvar a su pueblo, Israel, y a todo aquel que lo escuchara y pusiera en práctica sus palabras.¹²

A nosotros, peregrinos de este mundo, hoy de Ain Karem, ¿qué nos queda por decir? Nos edificamos con el espíritu servicial de María al acudir en ayuda de su prima.¹³ Sin embargo, hoy no imitamos tal amor volcado a los demás; por el contrario, muchas veces nos lamentamos por el egoísmo reinante entre los mismos cristianos. Estamos tan preocupados por nosotros mismos: por nuestra salud, nuestra supervivencia, nuestros bienes materiales, la defensa de nuestros derechos, nuestra fama y de todo aquello que nos distingue que poco y nada dedicamos al interés por los otros, acudir en su ayuda, defender al discriminado, escuchar al que está solo y disponernos concretamente al servicio de los más necesitados. El desprecio, la indiferencia, la incomprensión y

11 MCGINN, R. *Verbum Dei. Comentario a la Sagrada Escritura*, Barcelona, Ed. Herder, t. III, 1957, p. 577.

12 Cfr. RICCIOTTI, o.c., n° 237, pp 252-254.

13 Lc. 1, 39-40.

la mezquindad suelen ser las connotaciones más comunes en el obrar de muchos.

Al detenernos en las palabras de Isabel, tan espontáneas y llenas de gozo en el Espíritu Santo, profundas en significado pero humildes en la expresión, no podemos menos que aceptar el encontrarnos ante una mujer buena de alma y de sinceros sentimientos religiosos.¹⁴ Pero, al trasladarnos a la realidad del presente, tan invadida por imágenes de una sensualidad sin medida, llena de corrupción y torpes sentimientos, nos podemos preguntar: ¿Qué lugar ocupa en nosotros el Espíritu Santo? ¿Tendremos la suficiente humildad y conciencia de lo que somos? ¿Daremos espacio a las mociones divinas que nos lleven a expresar a viva voz, como Isabel, la presencia del Señor entre nosotros? ¿Será que damos lugar a Dios en nuestro interior para que realmente nos transforme? ¿Tendremos el coraje de proclamar al mundo, a pesar de nuestras miserias y pecados, lo que Cristo hizo en nuestras vidas? Cada uno puede saber y responder por la verdad de sí mismo y sobre la posibilidad de compartir con los demás su gozo, en especial, el de manifestar lo que Dios ha obrado en él.

Ensalzó a los humildes

Llegamos así a nuestra reflexión sobre el *Magnificat*, en el que María dice que su “alma engrandece al Señor”; cántico inspirado ciertamente en los salmos que, entre otras cosas, expresa los sentimientos de la Virgen que va a ser madre, su humildad ante la gracia recibida, su reconocimiento hacia Dios y a su admirable providencia, al Señor que ensalza a los humildes y rebaja a los soberbios, que despide a los que todo les sobra y da de comer y asiste a los que padecen

14 Lc 1, 41-45.

hambre y necesidad;¹⁵ cántico mesiánico que evoca las promesas hechas a Abraham¹⁶ y simboliza el universalismo del Evangelio,¹⁷ relacionado con lo que luego su Hijo pronunciaría en el Sermón de la Montaña;¹⁸ cántico repetido cada día en la liturgia del rezo de las horas en la Iglesia. Cántico que nos lleva a pensar: ¿Tendremos un agradecimiento semejante al de María para con Dios? ¿Experimentaremos este sentimiento de humildad hasta sentirnos “siervos del Señor”, como ella lo experimentara? ¿Misericordia y reconocimiento con los humildes, los débiles y los necesitados? ¿Apertura de corazón respecto a toda persona en la Tierra? En cada uno de nosotros, peregrinos en el tiempo, está la respuesta a estos interrogantes. Pidamos a María, quien nos legó este significativo cántico, interceder ante el Señor por nosotros, a fin de poder estar siempre dispuestos para ayudar a nuestro prójimo y servirlo con sincera alegría y generoso corazón.

Aún nos encontramos en Ain Karem y, como hermosamente dijera un autor, en aquellos “*días de la silenciosa espera de dos mujeres encintas, en santo recogimiento, de conversaciones en la presencia de Dios sobre lo que el poder del Altísimo había obrado en ellas, al calor de sus oraciones ansiosas de salvación. Con dulce esperanza ellas aguardan su hora, concentrados todos sus sentidos y pensamientos en la vida interior, pero con fiel cumplimiento de las pequeñas obligaciones de cada día*”.¹⁹ Allí también se encuentra el sacerdote Zacarías, esposo de Isabel, quien al recobrar el habla cuando ponen el nombre de Juan a su niño, exclama: “*Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y*

15 Lc 1, 46-55; cfr. NACCAR COLUNGA. *Sagrada Biblia*, Madrid, BAC, 1974, p. 1227.

16 Gn 12, 3; 17, 7; 18, 18.

17 Cfr. MCGINN, R., o.c., v. III, p. 577.

18 Mt 5, 1-12; Lc 6,20-26.

19 LAITHEISER, L. / PESCH, Ch. *Dios se entrega*, t. II: “El Nuevo Testamento”, Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1964, p. 46.

redimido a su pueblo".²⁰ Conocimiento profético de la llegada del Salvador y de su acción reparadora en el tiempo.

Nuestra respuesta

Después de haber reflexionado sobre lo sucedido en Ain Karem, percibiendo la fe, la confianza y la alegría de las exclamaciones de María, Isabel y Zacarías, ¿podremos responder acaso, guardadas las diferencias y las distancias en el tiempo, con similares actitudes? Es de esperar que la meditación en los lugares santos y en lo allí acontecido nos lleve a revivir el entusiasmo joven del Bautismo y llegar a un compromiso sincero de obrar, como personas de fe, en el mismo espíritu de lo que hoy encontramos en nuestro peregrinar. El rostro de Cristo ya comienza a delinearse en este ambiente previo a su nacimiento, en las vivencias de estas personas del pasado con las que nos hemos encontrado, en los sentimientos de solidaridad y júbilo por ellas manifestados.

20 Lc 1, 67-79.

Índice

Introducción	5
Capítulo 1: Ain Karem	11
Fuente abundante	11
Servicio y profecía	13
Ensalzó a los humildes	15
Nuestra respuesta	17
Capítulo 2: Belén, casa del pan	19
De camino a Éfrata	19
La Historia nos recuerda	20
Aquí nació Jesús	22
Informados por los Evangelios	23
a) De Nazaret a Belén	23
b) Nacimiento de Jesús	24
c) Revelación de los ángeles a los pastores	25
d) Los magos de Oriente	26
e) Matanza de los inocentes y huida a Egipto	29
Misterios del querer divino	31
Capítulo 3: De Belén a Jerusalén	33
Situación	33
Tiempos iniciales	33
Circuncisión	34

Purificación y presentación en el Templo	35
Encuentros con Simeón y Ana	36
Reflexión	38
Capítulo 4: Nazaret	41
Flor de Galilea	41
Un poco de historia	42
Hechos significativos	45
Nuestra conciencia	47
Capítulo 5: De Nazaret al Jordán	51
Situación referencial	51
Juan el Bautista y su entorno	52
El lugar del bautismo del Señor	53
Los textos evangélicos	54
Monte de la Tentación	55
Reflexión espiritual	57
Capítulo 6: Cafarnaúm	59
La ciudad de Jesús	59
Referencias evangélicas	60
Presencia en la historia	61
Ausencia de respuesta	62
¿Somos hoy agradecidos?	63
Capítulo 7: Caná de Galilea	65
De camino con Jesús	65
Aquí, el Señor se detuvo	66

El Evangelio nos cuenta	66
¿Otro modo de vida en Cristo?	68
Alimento del espíritu	70
a) Lo vivido cada día en orden a la santidad	71
b) La intervención de María y el diálogo con su Hijo	72
c) La gloria de Jesús	72
Siguiendo de camino	74
Capítulo 8: El Monte de las Bienaventuranzas	75
Colorido paisaje	75
La colina	75
Mensaje de felicidad	77
Apreciaciones de vida	78
Volviendo al llano	82
Capítulo 9: Tabor, el monte santo	83
Altura que atrae	83
Lugar y tiempo	83
La Palabra	85
Admiración	85
Experiencia	86
Descendiendo del monte	88
Capítulo 10: Cenáculo	89
De camino en Jerusalén	89
El Cenáculo en las Escrituras	90
a) Lugar de encuentro	90
b) Mandamiento nuevo	90
c) Los llamó amigos	90

d) Ejemplo de humildad	91
e) Anuncio de la traición	91
f) Alimento de vida	92
g) Encuentro con Jesús resucitado	92
h) Misión de paz y perdón de los pecados	92
i) Felices aquellos que creen sin haber visto	93
j) Primera Asamblea de la Iglesia	93
k) En el día de Pentecostés	94
En el decurso del tiempo	94
Misterio de amor	96
Capítulo 11: Getsemaní	99
Lejos del bullicio	99
Vestigios de significación	100
Noche memorable	103
Testigos en el tiempo	105
Lección de vida	106
Capítulo 12: Gólgota	109
Peregrino que llega	109
El lugar	110
La Palabra inspirada	112
Ofrenda suprema	113
Hacia el Gólgota	114
Ya en destino	115
Ahora, el silencio	120
Capítulo 13: Emaús	123
De camino	123

Pequeña cúpula	123
Los discípulos y el forastero	125
Entre el desaliento y el gozo	126
¡Aleluya!	129
Capítulo 14: A orillas del lago	131
El lago	131
Misión en Galilea	132
Desde la barca	132
Sucesos en el lago	133
a) La pesca milagrosa	133
b) La tempestad calmada	134
c) Jesús camina sobre las aguas	135
d) Junto al Mar de Tiberíades	135
Llegando a puerto	137
Capítulo 15: Monte de los Olivos	139
En la cumbre del monte	139
Querido Teófilo	141
Ascensión	142
Despedida	144
Nueva presencia	145
Con gran gozo	146
Conclusión	149